

cultura

CLÁSICA

Las lecciones del tiempo

KRYSTIAN ZIMMERMAN

Chopin: *Sonatas 2 y 3, Scherzo número 2, Nocturno número 2, Barcarola* en fa sostenido mayor. XV Ciclo de Grandes Intérpretes. Fundación Scherzo, con la colaboración de EL PAÍS. Auditorio Nacional, 25 de enero.

J. Á. VELA DEL CAMPO

En cuestiones pianísticas Madrid está que se sale. En el plazo de una semana se está teniendo la oportunidad de escuchar a cuatro figuras del teclado de la talla de Krystian Zimerman, Yefim Bronfman, Maria João Pires y Lang Lang. Esta ciudad parece ya Berlín o Viena. En estas lides, no en otras. En el caso de Zimerman, la euforia se eleva casi a nivel nacional, pues en lo que va de mes ha actuado en Bilbao, San Sebastián, Santiago de Compostela, Vitoria, Oviedo, Pamplona y Valladolid. Siempre con monográficos dedicados a Chopin en este año del segundo centenario de su nacimiento. Siempre con ese aire cuidadoso y amante de las cosas bien hechas que le caracteriza. Con su piano a cuestas y el afinador al lado.

En Madrid hay que tirar de memoria y recordar dos actuaciones "históricas" que empezaron a cimentar la leyenda del pianista polaco aquí. La primera fue en 1984, con motivo de la visita de la Filarmónica de Viena, dirigida por Leonard Bernstein. La consagración definitiva vendría seis años después. Nunca ha defraudado. El recital del lunes pasado se inscribe en la misma órbita de memoria y deseo.

Es de agradecer que se decantase por un monográfico de Chopin en este año de homenajes al compositor para piano más emblemático del XIX. Fue un diálogo de polaco a polaco. Zimerman optó por la combinación de la gran forma, ejemplificada por las sonatas, con la pequeña forma de algún *scherzo* o nocturno. Dedicó su actuación a Alicia de Larrocha y el público agradeció el gesto. No me gustó la atmósfera que creó en su interpretación del *Nocturno*. Demasiado evidente, con poco margen para el misterio. En el resto del recital estuve ensimismado con el criterio y la realización. En los dos primeros movimientos de la *Sonata número 2*, Zimerman desplegó una energía diabólica. La famosa *Marcha fúnebre* fue modélica en su fraseo dramático y en la concepción del sonido. En la *Sonata número 3* mantuvo el mismo nivel de maestría intelectual, sustancia pianística y perfección técnico-estilística. La siempre esperada *Polonesa* redondeó la magia de la noche. El éxito fue apoteósico. Zimerman en Madrid es una leyenda viva que ha sabido asimilar a la perfección las lecciones del tiempo.

El Holocausto como discurso político

Idith Zertal critica el empleo del exterminio para justificar la política de Israel

JUAN MIGUEL MUÑOZ
Tel Aviv

Idith Zertal, profesora de Historia y Filosofía Política en la Universidad de Basilea desde hace casi un lustro, nacida hace 66 años en el kibutz de Ein Shemer, está entusiasmada. *Los orígenes del totalitarismo*, obra maestra de Hannah Arendt, ha sido traducida al hebreo. "El trabajo de Arendt ha sido silenciado durante 60 años, es una lucha enorme introducirlo en Israel", comenta. Pero no menos satisfecha está con la edición en español de su libro *La nación y la muerte. La Shoah en el discurso y la política de Israel*, en fecha oportuna, ya que hoy se celebra el Día del Holocausto. Una actividad, la política en su país natal, que desencanta a una mujer que se declara "nada nostálgica y reacia a mitificar el pasado", aunque a renglón seguido parece añorar los tiempos en que Israel era "un país totalmente diferente".

Zertal habla de un "país de excesos en todo y de paradojas". Sin ir más lejos, su libro se estudia en la Universidad de Bar Ilán, bastión de los colonos judíos que abominan de tesis como las sostenidas por Idith. Aborda la inmensa influencia del "estamento y la industria militar que determinan la agenda política" y "la ocupación maligna" de los territorios palestinos: "Gobernar a otro pueblo de manera tan brutal es devastador también para nosotros". Y, sobre todo, incide en la omnipresencia de la muerte—"de matar y ser matados"—y del Holocausto en el discurso político israelí. "Está siempre presente para justificarlo todo: nuestras prácticas políticas y nuestra autopercepción como víctimas".



Un joven salta entre los bloques de hormigón que forman el monumento al Holocausto, en Berlín. / REUTERS



Idith Zertal.

"El vínculo entre la constitución del Estado y la Shoah y sus millones de muertos sigue siendo indisoluble... Desde 1948 y hasta la crisis de 2000 no ha habido guerra que no se haya per-

cibido, definido y conceptualizado en la sociedad israelí desde una perspectiva ligada al genocidio", opina la docente. Y pone un ejemplo de ese empleo, a veces obscuro, de la matanza sistemática perpetrada por el régimen nazi.

"Al comienzo de la segunda Intifada palestina, en 2000, Simón Peres visitó a Yasir Arafat en Gaza y le advirtió: 'No podemos permitir otro Holocausto'. Es demencial. Entonces, antes de la oleada de atentados terroristas, morían 100 palestinos por cada israelí. Este discurso devalúa el Holocausto y es un ataque contra las víctimas. Hablar de genocidio en ese contexto es aberrante". Desde entonces nada ha cambiado. Incluso Richard Goldstone, el juez sudafricano judío que acusa de crí-

menes de guerra a Israel en Gaza, ha sido equiparado a Hitler.

Oscila la profesora "entre la desesperación y el optimismo". "Cuando observo la demografía, el primitivismo político, y no sólo el de los partidos religiosos, concluyo que la política está muy corrompida. No me refiero al dinero, hablo de corrupción de conceptos políticos. No sé lo que sucederá en este país que está perdiéndose moralmente. Parafraseando al legendario ministro de Exteriores Abba Eban, perdimos todas las oportunidades. No veo a ninguna figura política que pueda emerger de esta confusión. Es trágico porque hay tanto talento y energía. Y una pena, porque el tiempo juega en nuestra contra. Al final, somos nosotros los vulnerables".

Usos y abusos de la memoria

ANÁLISIS

José María Ridao

Con *La nación y la muerte*, la profesora israelí Idith Zertal consigue lo que tal vez ningún otro ensayo sobre el conflicto de Oriente Próximo había logrado hasta ahora: interpretarlo como una experiencia de valor universal, de la que extraer conclusiones capaces de iluminar los riesgos potenciales de las relaciones de una sociedad con su pasado o con lo que sus dirigentes deciden consagrar como tal. Como bien señala Shlomo Ben Ami en el prólogo a la traducción española, publicada por la editorial Gredos, Zertal adopta una perspectiva infrecuente al tratar del Holocausto y su banalización: no la de criticar a quienes comparan cualquier tragedia con el exterminio de los judíos, sino la de desvelar las razones de su aparición en escena cada vez que el país se ha enfrentado a "problemas políticos y de seguridad cuyos costes y consecuencias, hasta ese momento, no ha querido asumir o afrontar". De ahí la paradoja, señalada por Zertal, de que al mismo tiempo que Israel insiste con toda razón en el carácter único del Holocausto, "el uso sistemático y descontextualizado" que

han realizado sus Gobiernos y clases dirigentes sea "uno de los principales ejemplos de devaluación de la extraordinaria relevancia y magnitud de la Shoah".

A partir de esa constatación, Zertal traza un minucioso recorrido a través de las distintas funciones que el discurso político ha asignado al intento de exterminar a los judíos en los campos de Centroeuropa, empezando por la creación misma de Israel, a tenor de las intervenciones públicas de Ben Gurión en el

La obra se lee como una reflexión que trasciende los límites de su objeto

momento de la fundación del Estado. Esas funciones han contribuido, por una parte, a interpretar la historia de los judíos como una sucesión de episodios que, desde los tiempos más remotos, prefiguraban la formulación de la utopía sionista a finales del siglo XIX y su realización en 1948. Pero han contribuido, por otra, a lo que Shlomo Ben Ami define en su prólogo como "la base ideológica de una socie-

dad de víctimas con inmunidad moral en su confrontación con el mundo árabe y con el mundo en general".

Este doble aspecto en el uso que los discursos políticos hacen de la Shoah ha dado lugar a conflictos de naturaleza simbólica en Israel, vinculados a la necesidad de definir un ser nacional. Zertal se detiene, entre otros, en la polémica en torno a la crónica de Hannah Arendt sobre el juicio a Eichmann y su expresión "la banalidad del mal", una de cuyas consecuencias fue que la filósofa no volvió a recibir invitaciones para impartir conferencias en Israel. Zertal analiza, además, las consecuencias estrictamente políticas, como las conexiones entre las referencias políticas a la Shoah y el desarrollo del programa nuclear israelí o las implacables reacciones a la Intifada.

La nación y la muerte puede ser leído, desde luego, como un ensayo que permite comprender la ideología detrás de las posiciones israelíes en el conflicto con los palestinos. Pero puede ser leído también, y ahí radica su excepcional valor y su carácter imprescindible, como una reflexión que trasciende los límites de su objeto, y que alerta sobre los usos y abusos políticos de la memoria. En esto Israel sólo sería un ejemplo extremo.